

# Históricas Digital

James Creelman

*Díaz, jerarca de México*

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

## VIII

## LA LUCHA POR LA REPÚBLICA EN TEHUANTEPEC

Díaz se desplazaba con mucho dolor por Oaxaca, todavía llevando en su cuerpo la bala que recibió en la batalla de Ixcapa, donde unos 400 soldados liberales habían derrotado a casi mil del enemigo. Escuchaba, con mirada adusta y un gesto de determinación, los terribles relatos de matanzas y pillaje que ocurrían en la vieja ciudad casi todos los días, después de que Juárez se convirtiera en presidente. Aún estaba muy débil y su herida no acababa de cicatrizar, sin embargo, estaba ansioso de regresar al campo de batalla.

Los enemigos de la república, decididos a tomar el control en la zona sur de México, la habían colmado de tropas irregulares, asaltantes y guerrilleros, encabezados por contrabandistas españoles, bandidos y forajidos militares experimentados procedentes del antiguo ejército carlista, quienes fueron traídos de allende el océano conforme al plan que tenían los clericales de destruir la Constitución de 1857 y el gobierno responsable de la misma. Los líderes reales en esta guerra brutal eran los hermanos Cobos, Marcelino y José María, y el segundo en importancia era un tal Conchado.

Poco después de que Juárez se fuera de Oaxaca, lo sucedió como gobernador del estado José M. Díaz Ordaz, pariente del capitán Díaz. La lucha por la posesión de la ciudad entre liberales y conservadores, como los clericales se hacían llamar, se volvió tan violenta que el gobernador Ordaz tuvo que declarar el estado de sitio y en una proclama dijo:

Guardias Nacionales: es necesario demostrarles a nuestros maliciosos enemigos que ustedes fueron los que obtuvieron una gloriosa victoria sobre los reaccionarios en Acatlán e Ixcapa. Sus hombres están a las órdenes de españoles. Denles a estos extranjeros prueba de que la Guardia Nacional de Oaxaca [todos eran indígenas] sabe cómo hacer respetar el nombre del estado.

Los hermanos Cobos y sus rufianes armados se apoderaron de la parte central de la ciudad, donde estaba el palacio del estado, de modo que los liberales se convirtieron en la fuerza sitiadora.

Díaz, quien aún caminaba con dificultad, había establecido su residencia en el cuartel del convento de Santo Domingo. Fue entonces cuando las tropas de Cobos tomaron el palacio de gobierno del estado y lo transformaron en su cuartel general. El gobernador Ordaz, con la Guardia Nacional al mando del coronel Ignacio Mejía —más tarde famoso general republicano— se refugiaron en los conventos de Santo Domingo, El Carmen y Santa Catarina, donde Cobos los sitió.

En esta crisis —ya que la caída de la antigua y orgullosa capital del estado natal de Juárez hubiese sido un golpe terrible para la causa constitucionalista— Díaz se alistó como voluntario en el servicio activo, insistiendo en que, si bien todavía estaba enfermo, tenía fuerzas suficientes para pelear.

A esto le siguió un golpe de estrategia característico que el presidente Díaz ha descrito en sus memorias personales:

Cuando ya contábamos más de veinte días de sitio y la desmoralización y falta de municiones de guerra y de boca comenzaban a producir sus efectos, averigüé que una de las barricadas que el

UNAM - IIH

enemigo había puesto en la esquina llamada del Cura Unda, frente a mis posiciones, era en su mayor parte de sacos de harina y salvado. Advertí que cuando las balas pegaban, salía polvo blanco. Esto me inspiró la idea de que, dando un ataque súbito y vigoroso a esa trinchera, podríamos apoderarnos del material de que se componía. Propuse en consecuencia al gobernador Díaz Ordaz, que con el sigilo debido se diera el asalto a esa trinchera y convenimos que en ese momento (pasadas las diez de la noche) saldría yo de nuestra línea con 25 hombres de mi compañía a horadar la manzana contigua, y pasando por varias casas de esa manzana, llegaría a ocupar las ventanas de la última casa, que quedaban al interior de la barricada del enemigo y desde la cual era posible barrerlo con disparos. No se me dieron los 25 hombres de mi compañía, sino de fuerzas irregulares, completándolos hasta con serenos que no tenían organización militar.

En la noche del 9 de enero de 1858, comenzamos a horadar los muros, que en su totalidad eran de adobe, para lo cual empleaba agua e instrumentos de carpintería, a fin de evitar el ruido que habrían hecho las barretas. En cada una de las casas que horadaba, tenía que dejar un hombre en el patio y otro en la azotea para cubrir mi retirada.

Cuando llegué a la última casa apenas me quedaban trece hombres. Era una pequeña tienda. Algunos de los enemigos estaban en la tienda y otros en la trinchera al terminar la horadación, dejando al descubierto el segundo patio de aquella. Sucedió que don José M. Cobos se encontraba encerrado en un común y, viendo que por la horadación que apareció instantáneamente a su frente, entraban soldados, encontró prudente permanecer en su escondite.

Formados mis soldados en el segundo patio, avancé al primero y encontrando en él a una joven, la encerré en un cuarto para que no diera aviso al enemigo y me dirigí a la trastienda, cuyas ventanas daban a la espalda de los defensores de la trinchera. Los desalojé a los primeros tiros y se replegaron al destacamento que estaba en la tienda.

Tuve que sostener un combate en la puerta de la trastienda que comunicaba con la tienda, y poco después se habían acumulado en su dintel los cadáveres de los combatientes de una y otra parte.

Después de media hora de combate y cuando ya me quedaban pocos soldados disponibles, toqué diana que, según el plan acordado con el coronel Mejía, significaba que necesitaba ayuda. El coronel Mejía no me oyó o no entendió mi toque, pero los destacamentos que cubrían las torres de Santo Domingo y el Carmen, echaron a vuelo las campanas para celebrar el triunfo.

Fue en esta situación desesperada cuando Díaz se enfrentó por primera vez al general Manuel González, quien después luchó por la república contra la intervención europea y fue llevado a la presidencia por el mismo hombre que trató de destruir ese día.

El combate había sido muy reñido —continúa el presidente Díaz—, pero tuve el tiempo de mandar un refuerzo de veinte hombres, mandados por el teniente coronel Manuel González, más tarde general de división. Cuando había perdido en la trastienda nueve hombres, quedándome solamente tres y el corneta, me persuadí de que había fracasado la combinación, por no haber recibido el auxilio convenido, arrojé sucesivamente sobre la tienda granadas de mano encendidas para retirarme sin ser perseguido. Pero en mi retirada, tuve la desgracia de perder el trayecto de las horadaciones. Mis hombres habían huido y en una casa no encontré el camino. Por fortuna, la tapia del patio no era muy alta y pude salvarla cuando ya tenía a la vista a mis perseguidores. Mi extravío sirvió para confundirlos y pude entrar a mi línea de defensa. Así fracasó el intento de conseguir víveres.

En la semana posterior a esta aventura, el sufrimiento y la demoralización entre los liberales sitiados fueron tan espantosos que el gobernador Díaz Ordaz y el coronel Mejía estaban desesperados, y para

UNAM - IIH

salvar la guarnición de indígenas famélicos encerrados en los conventos, decidieron abandonar la ciudad dejándosela al enemigo y huir a las montañas. Cuando el capitán Díaz y otros jóvenes oficiales se enteraron de esto, acordaron desobedecer la orden de replegarse y, en cambio, hacer un ataque decisivo al palacio, el baluarte de Cobos. Ni el gobernador ni el coronel Mejía estaban en posición de coaccionar a estos intrépidos oficiales, por lo tanto, se decidió castigarlos por su audacia y rebeldía, poniéndolos a la cabeza de las columnas atacantes.

Este furioso asalto, que de nuevo puso a la ciudad en manos de los liberales, ocurrió al amanecer del 16 de enero, mediante tres columnas de 200 hombres cada una. El coronel Mejía mantenía una reserva de 400 hombres. La vieja herida del capitán Díaz lo incapacitó tanto que no podía ceñirse la espada, no obstante, cuando el teniente coronel Velasco cayó a la cabeza de la segunda columna, tomó enseguida el mando y, bajo una tremenda metralla, unió la primera y segunda columnas, a cuyos comandantes les mataron de un tiro, y se lanzó contra el frente del palacio, de donde el enemigo hacía disparos mortales, entrando por la puerta principal, mientras que la tercera columna irrumpió por otro punto. Hubo una lucha terrible en el interior del palacio, pero el enemigo huyó en medio de la confusión, dejándole a los liberales dinero, armas y municiones, además de muchos prisioneros. La columna de reserva completó la victoria.

Al terminar la lucha, el capitán Díaz vio que su herida se había vuelto a abrir. El dolor lo atormentaba y la pérdida constante de sangre lo debilitaba. A pesar de su condición, inmediatamente se montó en un caballo y con la sangre brotando de su costado cabalgó con seiscientos hombres en persecución de la fuerza comandada por Marcelino Cobos, que tenía más del doble de hombres que la columna perseguidora. Fue una marcha peligrosa de unas 165 millas, pero el 25 de febrero le tomaron la delantera al ejército de Cobos en Jalapa, 18 millas al oeste de la ciudad de Tehuantepec, y lo derrotaron por completo; el capitán herido se distinguió por la valentía y la energía que puso en la lucha decisiva. Por esa victoria, el gobernador nombró a Díaz para ser gobernador y comandante militar del departamento de Tehuantepec.

Fue en Tehuantepec, con frecuencia totalmente aislado y obligado a depender de su propio juicio para gobernar a una población hostil y hacer frente a los incesantes ataques de las despiadadas bandas de guerrilleros, donde el joven oficial de 28 años empezó a mostrar el poder y criterio que más adelante atraería la atención del mundo civilizado.

La ciudad de Tehuantepec se oponía de manera tan implacable a la causa liberal que cuando Díaz hizo que una banda militar tocara los domingos en la plaza frente a la iglesia, los pobladores se tapaban los oídos para no pecar por escuchar la música que interpretaban los enemigos de la Iglesia. Rodeando por todas partes a la pequeña y pintoresca capital, con sus mujeres famosas por su belleza y los tenaces hombres zapotecos, se extendían las selvas tropicales, infestadas por reptiles mortíferos y bestias salvajes, una zona de malaria maligna y mosquitos venenosos. En esta región casi impenetrable vagaban indígenas rebeldes y enviaban a bandas de soldados irregulares a las órdenes de líderes intrépidos y astutos para cansar y abrumar al joven y valiente líder constitucionalista en Tehuantepec y a su guarnición cada vez más reducida.

Es difícil imaginar una situación más exasperante ni una que exigiera más el valor, lealtad y la actitud alerta persistentes que aquella a la que se enfrentaba Díaz. Pasados 48 años, cuando había terminado el gran ferrocarril nacional de Tehuantepec, que unía los dos océanos por la región del Istmo, desde Puerto México hasta Salina Cruz, con los magníficos puertos modernos equipados en ambos extremos de la ruta comercial internacional, tuvo el privilegio de comparecer como presidente de México, en presencia de los representantes oficiales de veinte naciones, y declarar el sistema abierto al comercio mundial. Sin embargo, en esos primeros días, cuando su administración a veces se transformaba en un gobierno independiente por la falta de comunicación, la defensa de la república en Tehuantepec se transformó en una dura prueba casi increíble.

A pesar de las fiebres que minaban su fuerza, demacraban su rostro y formaban ojeras debajo de sus grandes ojos melancólicos; a pesar del lacerante dolor de su herida sin cicatrizar; a pesar de la hostilidad y traición en la ciudad, y de la soldadesca cruel, casi bárbara, que lo

amenazaba y atacaba por todas partes, dio batalla al enemigo de un modo u otro casi todas las semanas, durante cerca de dos años. Pero su herida le producía tal tortura constante que no podía ceñirse la espada.

Al principio el exsoldado carlista, Conchado, seguía amenazando a Tehuantepec con una numerosa fuerza de indígenas que habían sido imbuidos por los sacerdotes de un fanatismo casi irracional. Díaz se dirigió a atacar a esta columna y el 13 de abril de 1858, los derrotó en el rancho de Las Jícaras, resultando muerto en la batalla el propio Conchado. Esta victoria le valió el ascenso al rango de mayor en la Guardia Nacional. El documento del ascenso se lo enviaron a través de su cariñosa madre mestiza en Oaxaca, quien había llorado tanto cuando rehusó ser sacerdote. Entre tanto, el gobernador cambió el nombre de los cargos en el estado y Díaz se volvió jefe político de Tehuantepec.

Aun después de aplastar la fuerza de Conchado, las cosas empeoraron. El presidente Díaz dio un panorama interesante de su situación en esa época:

Mi situación en Tehuantepec era extraordinariamente difícil, pues estaba incomunicado con el gobierno, sin más elementos que los que yo podía facilitarme en un país belicoso y enteramente hostil. Teniendo que sostener casi diariamente un combate con el enemigo, la fuerza de mi cuerpo había disminuido considerablemente. Cuando necesitaba mayor fuerza, podía disponer de cien o doscientos hombres de Juchitán [pueblo cuyos indígenas después iban a torturar y asesinar a su hermano Félix], quienes me servían solamente por pocos días y a quienes pagaba sus servicios con enormes sacrificios, debido a lo escaso de mis fondos.

Los caminos todos estaban ocupados por el enemigo y no podía transitarse por ellos, porque se robaba a los pasajeros. Para recibir la correspondencia de Oaxaca tenía que salir con una fuerza armada. Estas excursiones las hacía casi semanalmente y en ellas tenía que alejarme a veces hasta 25 leguas de Tehuantepec. Mis únicos amigos eran el cura fray Mauricio López, dominico, istmeño de nacimiento, hombre bastante ilustrado de ideas liberales, de

muy buen sentido y muy estimado entre los indios: el juez que era don Juan Avendaño, tío de don Matías Romero (el afamado diplomático y estadista mexicano) y don Juan Calvo, relojero y administrador de correos, también bien relacionado. Sin estas amistades a quienes debí servicios muy oportunos y distinguidos, y sin una policía secreta que establecí, hubiera ignorado absolutamente cuanto pasaba en Tehuantepec, porque todos me eran enemigos y por lo mismo mi situación habría sido insostenible.

Mi situación se hizo muy difícil a fines del año de 1858, porque el gobierno del Estado no me mandaba ningún recurso, ni aún el reemplazo de los hombres que yo perdía. Consideré indispensable hablar personalmente con el gobernador del Estado para describirle mi situación, con objeto de remediarla. Gran parte de los soldados que me quedaban estaban conmigo por afecto personal. Un día los saqué de Tehuantepec como si se tratara de una de tantas expediciones periódicas que hacíamos para proteger el correo. Al llegar a determinado punto les informé de la situación y del propósito de mi marcha a Oaxaca, y les ofrecí que estaría de vuelta antes de cinco días.

El líder cumplió la palabra dada a sus seguidores, aunque con todo el dolor de su corazón. Su madre morena agonizaba cuando llegó a Oaxaca. Con ojos llorosos y los labios temblando por la emoción, el soldado se apartó de su cabecera, y antes de que llegara adonde estaban sus hombres, ella falleció enviándole su cariñosa bendición.

Todo lo que Díaz pudo obtener del gobernador fue un refuerzo temporal de tropas al mando del coronel Cristóbal Salinas, que regresó a Oaxaca después de dos semanas, dejándolo en peor situación que antes. Entonces le escribió a Juárez, quien estaba en Veracruz y le mandó \$2000, siendo éste uno de los contados casos en que recibí ayuda pecuniaria del gobierno.

Cuando se retiró el Coronel Salinas —dice el presidente Díaz en sus memorias— se empeoró grandemente mi situación, porque

los juchitecos comenzaban a entenderse con los sublevados de Tehuantepec. Por fortuna un incidente inesperado vino a disipar este grave peligro. El día 1° de enero de 1859, siguiendo su costumbre, concurren centenares de familias juchitecas a la fiesta de año nuevo que se celebra en Tehuantepec, y esparcida la voz de que había yo dado municiones de fusil a los juchitecos, y que las municiones eran transportadas en las carretas en que regresaban a su pueblo, los sublevados las asaltaron en su regreso de la fiesta. Ocurrió a su defensa, no sólo con tropas juchitecas, sino con mis compañías, habiendo hecho mis pocos soldados grandes estragos a los asaltantes. Los perseguimos hasta meternos en una laguna en que nos daba el agua a la mitad del cuerpo.

Considerando que ésta era una buena oportunidad para convencer a mis aliados, seguí escoltando el convoy a pie, hasta cerca de Juchitán, en donde me alcanzó mi ordenanza con mi caballo. Pasamos la noche en aquella ciudad, y convoqué a una reunión popular para hacerles presente la necesidad de exterminar a los pronunciados [guerrilleros conservadores]. Por este medio logré que se alistaran como 2 000 hombres, que distribuí en pequeñas fracciones. Así se verificó, y esto dio muy buenos resultados porque en esa batida perecieron varios de los sublevados, se recogieron alguna armas y sobre todo se imposibilitó por completo la mancomunidad de acción de los juchitecos con los tehuantepecanos.

El 17 de junio de 1859, Díaz libró una batalla en la Mixtequilla, en la cual derrotó a una gran fuerza comandada por el teniente coronel Espinoza. En reconocimiento de esta brillante acción, el gobierno del estado lo ascendió al rango de teniente coronel.

Cabe recordar que el joven soldado y administrador, que a la sazón tenía un poco más de 28 años, llevaba adelante prácticamente un gobierno independiente. No daba reposo al enemigo. Con una energía casi increíble, hacía repetidas marchas nocturnas en las intrincadas selvas tropicales, donde la monstruosa maleza infestada de reptiles era

más difícil de transitar por los incontables arroyos y pantanos, lanzando repetidos ataques y dispersando al enemigo al despuntar la luz del día.

Díaz adelgazó. Tenía las mejillas hundidas y sus grandes ojos oscuros brillaban en las órbitas cavernosas. La piel de su rostro, bronceada al color del cuero por el fortísimo sol, parecía un pergamino sobre los huesos, y su boca, ahora un poco tapada por un pequeño bigote negro, le daba un gesto muy duro. Ningún indígena de las selvas circundantes era más rápido de movimiento o agudo de vista. Podía caminar o correr, arrastrarse o trepar con el más temerario de los que nacieron y crecieron en los montes. Podía rastrear a un enemigo sin dormir o comer; parecía ver en la oscuridad. Sus soldados indígenas lo seguían en las situaciones más peligrosas sin dudarle, ya que su líder incansable, de anchos hombros parecía ser “clarividente” y tener una vida encantada. El hombre que está convencido siempre es convincente y el heroísmo tenaz de Díaz convirtió en héroes a sus soldados indígenas.

En este periodo de incesantes combates, cuando el líder no sólo tenía que marchar noche y día con sus hombres, y al mismo tiempo descubrir y vencer los complots del enemigo en Tehuantepec —para no hablar de los problemas de administración civil y los ingresos— fue cuando Díaz estuvo a punto de encontrar el destino atroz que le ocurrió a su hermano Félix años más tarde.

Como consecuencia de la publicación en el departamento de Tehuantepec de las Leyes de Reforma dictadas por Juárez en Veracruz, y que establecían el matrimonio civil y el registro civil, separando a la Iglesia y el Estado, nacionalizando los bienes de la Iglesia, secularizando los cementerios y erradicando el poder temporal de la Iglesia, los indígenas de Juchitán, al creer que atacaban su religión se levantaron contra el gobierno del estado de Oaxaca. Estos indígenas y el pueblo de una sola circunscripción de la ciudad de Tehuantepec eran los únicos aliados de Díaz. En su posición desafortunada y aislada no podía darse el lujo de perder el poderío de Juchitán y no tenía el vigor suficiente para responder a su desafío por la fuerza. Aquí dio otro ejemplo de su maravillosa capacidad de vencer los problemas difíciles y peligrosos a base de puro valor y de lo razonable. Si el México moderno es en gran

medida un monumento al genio de Díaz, resulta imposible comprender el logro de un resultado tan vasto en esas condiciones terriblemente desfavorables sin considerar la simplicidad inteligente, la voluntad de hierro y el tacto con sentido común demostrados por el joven gobernante de Tehuantepec cuando los amistosos indígenas de Juchitán se rebelaron y parecía que los enemigos de la república estaban a punto de destruirlo.

Es mejor contar la historia en el lenguaje lacónico y modesto del propio presidente Díaz:

Al tener noticia del pronunciamiento, me dirigí a Juchitán, acompañado del cura fray Mauricio López, de un ayudante y de un ordenanza. Al llegar al pueblo, dejé a mis acompañantes en los suburbios y entré sólo con el propósito de meterme en la casa de don Alejandro de Gives, antiguo vecino y rico comerciante francés, que era muy apreciado y estaba bien relacionado en ese lugar, con el propósito de llamar allí a los cabecillas y procurar entenderme con ellos; pero antes de llegar a esa casa encontré una partida de pronunciados ebrios y armados, quienes al verme y considerándome como enemigo por haberse ellos pronunciado contra el gobierno a quien yo servía, se preparaban para hacerme fuego, cuando logré contenerlos diciéndoles que era su amigo. Entramos en conversación y logré calmarlos.

Les aseguré que no llevaba fuerza armada, les dije quiénes eran los que me acompañaban y dónde los había dejado, insistiéndole a los indios que fueran a cerciorarse. Así lo hicieron y al regresar a la plaza con mis acompañantes, fray Mauricio les explicó en lengua zapoteca que la ley del Registro Civil [ésta fue la que los había agitado más] en nada afectaba la religión, y que si eso fuera así, él habría sido el primero en tomar las armas en defensa de la fe.

A media peroración de fray Mauricio, propuso Apolonio Jiménez, uno de los cabecillas de Juchitán, que algunos años después asesinó a mi hermano Félix, que nos mataran desde luego, a fray Mauricio, y a mí, porque de otro modo lograríamos convencer al pueblo. Pero uno de los ancianos, que son allí muy respetados del

pueblo, regañó severamente a Jiménez, lo cual permitió que fray Mauricio terminara su peroración y que sucediera lo que Jiménez había previsto; esto es, que se convencieran de que habían hecho mal en pronunciarse y convinieran en volver al orden. De esta manera logré salvarme de uno de los mayores peligros que tuve durante mi permanencia en Tehuantepec.

Gradualmente, Díaz cayó víctima de la malaria. Aun su constitución de hierro no pudo soportar los golpes, tensiones y privaciones de la guerra perpetua en un país de ciénagas tropicales. Se mantuvo en pie el mayor tiempo que pudo, pero finalmente cayó en cama. Precisamente en ese momento el enemigo hizo un ataque repentino a la ciudad e intentó sitiar el cuartel en que el líder constitucionalista estaba postrado con fiebre. Díaz se levantó, tomó su espada y, alentando a sus hombres, hizo retroceder a las fuerzas atacantes. Después se desmayó y los soldados lo regresaron inconsciente a su lecho.

En los últimos meses de 1859, el futuro parecía muy oscuro. Cobos había vuelto a atacar la ciudad de Oaxaca y obligado a salir al gobernador Ordaz, quien había establecido su gobierno en las montañas de Ixtlán. Díaz quedó incomunicado con el gobierno general y el gobierno estatal, y tenía que depender de los impuestos que pudiera cobrar a una población hostil y huraña, pero pagaba a sus soldados todos los días y también le pagaba al juez, al maestro albañil del pueblo y al maestro de escuela. Creó una especie de fundición para fabricar balas y también drenó los pantanos circundantes.

Por ese tiempo, un buque de guerra estadounidense visitó la Ventosa y algunos de sus oficiales fueron a Tehuantepec, donde Díaz los agasajó. Durante el banquete, dichos oficiales bebieron libremente el vino que les sirvieron, en particular el cirujano. En ese momento, uno de ellos pronunció un discurso, durante el cual, mirando a la cara al líder mexicano, declaró que los Estados Unidos no solían confiar tales cargos a jóvenes que apenas habían tenido contacto con la pólvora. Al oír esto, uno de los acompañantes de Díaz respondió que el comandante mexicano podría ser joven, pero quizás ninguno de los estadounidenses

presentes habían tenido, como él, el honor de llevar por años una bala en su cuerpo. Acto seguido, el cirujano se levantó de modo vacilante, auscultó a tientas el costado herido de Díaz y exclamó, “¡Por Dios, es cierto! Extraeré la bala ahora mismo.”

Díaz se puso de pie sonriendo: “Gracias”, dijo cortésmente, “pero ya tomó demasiado champaña como para hacer hoy tal trabajo. Puede sacar la bala mañana.” Al día siguiente, casi dos años después de la batalla de Ixcapa, le retiraron una bala grande de mosquete de la herida sin cicatrizar.

Ese mismo día, Díaz recibió del gobierno de Juárez situado en Veracruz la orden de llevar, a toda costa o riesgo, de Minatitlán, en la costa atlántica, a la Ventosa, en la costa del Pacífico, un cargamento de armamento, que constaba de 8000 rifles, algunas carabinas y sables, y una caja grande de municiones, incluyendo 800 barriles de pólvora y 100 lingotes de plomo, todos consignados a un general Juan Álvarez, de pelo blanco, que mantenía valientemente la lucha constitucionalista en el estado de Guerrero. A pesar de la seria intervención quirúrgica que acababa de sufrir, Díaz se levantó de la cama, montó en su caballo y salió para Minatitlán. La demora de un solo día hubiera significado perder el cargamento, el cual era, de manera indescriptible, valiosísimo para la causa de la república. Fue un viaje largo y terrible durante el cual el enemigo trató en vano de capturar a Díaz y su cargamento, pero él venció todas las dificultades y consiguió ocultarlo de modo temporal en la selva cerca de Juchitán.

Mientras tanto, el general liberal Ignacio Mejía sufrió una derrota total en Teotitlán y Cobos luego de apoderarse otra vez de la ciudad de Oaxaca, envió una columna y capturó Tehuantepec. Después de que Díaz logró ocultar las armas y municiones que le confiaron, decidió arrebatárle Tehuantepec al enemigo. Tenía las manos ampolladas por los torpes intentos de remar en los ríos que había cruzado y todavía sufría por su herida, pero estaba igual de ansioso que siempre de continuar la lucha a favor de la república. Tomando una fuerza de indígenas juchitecos armados, se desvió hacia la Ventosa y luego se dirigió rápidamente a Tehuantepec. Antes del amanecer del día 25 de noviembre de 1859, vio el puesto de avanzada del enemigo en el camino.

Cuando descubrí la fogata de la avanzada —dice— dejé mi caballo en el camino con la columna, y acompañado de cuatro oficiales, notables por su audacia, nos internamos a pie y sigilosamente, por un sembrado de maíz que nos cubría bien, hasta llegar a donde estaban los hombres que formaban la avanzada o puesto de vigilancia, a quienes sorprendimos por completo, sin disparar un solo tiro, y sin que se pusiera en salvo un solo hombre de los que la servían.

Entonces reordenamos nuestras fuerzas en dos columnas, una para atacar cada uno de los cerros ocupados por el enemigo. Me quedé con la fuerza suficiente para atacar personalmente el cuartel de la plaza. La señal para atacar era al tocar diana el enemigo. Al comenzar la banda del cuartel a tocar diana, salí con mi columna por una de las bocacalles que parten de la plaza y entré al cuartel antes de que alguien pudiera replegarse y dar la voz de alarma. La sorpresa fue tan completa que tropezamos con la guardia acostada en el zaguán. Después de un fuego que no duraría media hora, el cuartel era mío y pude proteger a la columna del capitán Cortés que descendía ya del cerro, por haber sido gravemente herido su jefe, y mandé proteger al teniente coronel Gallegos que consumaba la ocupación del otro cerro.

La caballería del enemigo había sido enviada de Tehuantepec por el camino a Juchitán para repeler este ataque, pero cuando regresó a la ciudad, encontraron que Díaz ya estaba en posesión de ésta.

Esta victoria de 300 hombres contra mil significó que estuviera seguro el gran embarque de pertrechos para los patriotas de Álvarez en Guerrero. Díaz había recibido autorización del gobierno de Juárez para destruir el cargamento, pero repuso que lo conservaría para combatir al enemigo. En realidad había incautado cientos de armas además del cargamento.

Poco después de que sacaron este cargamento de su escondite, lo llevaron a la Ventosa y lo mandaron a salvo hasta Acapulco, a cargo de José María Romero, hermano del distinguido don Matías Romero. Cuando

llegó a Veracruz la noticia de que la empresa había culminado con éxito, Juárez asumió la facultad que en realidad le correspondía al gobierno de Oaxaca y mandó a Díaz el despacho de coronel de la Guardia Nacional.

El joven héroe no sólo mostró las cualidades de un soldado brillante, con criterio y abnegado, en ese momento de peligro e incertidumbre, sino que su valor moral aumentó con la dificultad de su puesto. A la vez, Díaz descubrió que sus hombres eran liquidados en las calles de la ciudad por los antiguos seguidores de Cobos, quien, tras la derrota en Jalapa, los había enviado de regreso a sus casas. Por esto mandó ejecutar a algunos de los asesinos traidores. Fue entonces que llegó un comunicado del gobernador Ordaz: "Si fusila a otros, haré que lo procesen." Díaz había informado de la ejecución de cinco hombres convictos de reincidencia. Al recibir el severo mensaje del Gobernador, respondió: "Si quiere, puede someterme a juicio, porque si sorprendo a otros en flagrancia, procederé de la misma manera. Ya perdoné a algunos y confundieron mi benevolencia con debilidad." Unos días después, hizo fusilar a otro grupo y lo informó al gobernador quien, sin embargo, no le envió reprimenda alguna. Eso puso fin a los asesinatos. Cuando era necesario podía ser duro, incluso violento, pero de ser posible gobernaba en forma gentil, razonable, flexible.

En medio de esta labor agotadora y desconcertante, Díaz recibió la visita del abate Brasseur de Bourbourg, distinguido arqueólogo francés, quien lo describió por escrito como sigue:

Su aspecto y porte llamaron vivamente mi atención. Zapoteco de raza pura, presentaba el tipo indígena más hermoso que jamás yo había contemplado en mis viajes. Creía tener a mi vista la imagen de Cocijopij en su juventud, o de Guatimozin, como yo me lo figuraba. De elevada estatura, con un aspecto de notable distinción y con su noble rostro ligeramente bronceado, me parecía ver en él los signos más perfectos de la antigua aristocracia mexicana. Porfirio Díaz era entonces todavía un joven. Dedicado a sus estudios en Oaxaca, aún no había terminado su carrera, cuando al estallar la guerra civil tuvo que abrazar la de las armas [...] Después de esa en-

trevista, tuve ocasión de verlo casi todos los días, pues tomaba sus alimentos, así como otros dos o tres oficiales de la guarnición en la casa donde me hospedaba; pude por consiguiente hacer un estudio de su persona y carácter. Haciendo punto omiso de sus ideas políticas, puedo asegurar que las cualidades que un trato más íntimo me hizo reconocer en él, me confirmaron en la buena opinión que a su respecto había yo formado, después de nuestra primera entrevista, y en el juicio sobre que sería de desear que todas las provincias mexicanas fuesen gobernadas por hombres de su temple.